

DESGU A VENTANA

Si ahora alguien le preguntara cómo o cuándo empezó no sabría decírselo. En todas esas cosas que no vislumbramos el final, el comienzo es imposible de precisar. Es como si hubieran estado siempre.

José, además, no tenía casi otra cosa de qué ocuparse. Vivía tirado boca arriba en su cama, enredado en un haz confuso de sábanas y frazadas que arrojaban al aire el olor cedido por su cuerpo incapaz, en su sudor, de diferenciar estas cosas.

Sin embargo sucedió algo. Algo que no pudo reintegrar a su memoria pero que quedó inscripto en sus sentidos adormecidos, despertando en ellos un inicio inesperado. Una sensación que lo estremeció y lo volvería luego a estremecer cientos de veces. Su cuerpo, que ya casi no obedecía a la voluntad, sacudió con su temblor la maraña de pensamientos y frazadas. Así, después de mucho tiempo, volvió a oír crujir la cama inmóvil.

A partir de ese momento, difícil de conciliar con su existencia atónita, carenciada de útiles asombros, no pudo dejar de pensar en María. Sería más correcto decir que no pudo dejar de pensar en ciertas partes de María.

José había perdido la capacidad de experimentar sensaciones distintas a las habituales. Quizás esto le haya impedido percibir antes esa sorpresiva irrupción en su mundo circular.

Cuando José dejó la casa de sus padres, fue a vivir a una pensión poco confortable, ocupando un cuarto lindante con la calle. Una ventana sin pintura lo abría a un afuera empero distante. Entonces no previó que ya no saldría de ese lugar.

Gradualmente, como desprendidos por un viento desconsiderado, sus ocultos sueños lo fueron abandonando. Sus múltiples intentos de conseguir algún trabajo que le permitiera mantenerse por sí mismo fracasaron. Sus padres tuvieron que ayudarlo a subsistir y de su pretendida independencia sólo le quedó el dormitorio a la calle. Finalmente, dejó sus estudios.

Aquella impresión inaugural rasgó el silencio casi impenetrable de una fría noche de verano. Fue sólo un ligero ruido de pasos breves. Noche tras noche retornaban, repetidos y nuevos, cambiando el sonoro

dibujo que iban trazando sobre las gastadas baldosas y en sus oídos expectantes. Ya no podría recordar cuántas noches pasaron, cuántos dibujos se borraron, hasta que se atrevió a entreabrir la persiana de su cuarto. Esperó tanto porque temía que su sueño se perdiera igual que los otros. Alcanzó a ver el perfil de María apenas un instante antes de que se separara de la tenue claridad que le concedía una compasiva luna menguada. Lo que realmente vio fueron sus piernas y sus pies. El resto, casi toda María, no se distinguía ya de la noche.

Sólo de vez en cuando la contemplaba, resguardándose detrás de la complicidad de la ventana. Empezó a desear la imagen de sus miembros inferiores que cortaban, filosos, la callada penumbra. Pero esta imagen estaba diseñada más por el sonido intermitente de sus pasos que por el desplazamiento continuo de sus pies.

Antes de dormirse y soñar con las piernas secuestradas a la noche, aguardaba el indicio de su cercanía. A veces ella reemplazaba los acostumbrados zapatos con taco por otros, chatos, que la tornaban casi imperceptible. Pero el oído de José, más aguzado en estas ocasiones tan temidas, no dejaba de descubrir su presencia.

Sin que se lo propusiera, las piernas de María, como si dispusieran de una autonomía que él nunca alcanzó, fueron adentrándose en su imaginación. Las podía escuchar, casi silenciosas unas veces, ruidosas otras, moviéndose independientes. Cuando, liberada por fin cada noche, María pasaba caminando sin prisa en los fatigosos veranos o corría envuelta en una fría lluvia invernal, José ya no podía discriminar la figura sonora de sus piernas de la imagen urdida en su mente fascinada.

Su obsesión fundía las siluetas, confundiéndolas. Ya no notaba las ausencias circunstanciales de María. Sus oídos veían, absortos, la forma audible dibujaba por el acorde de sus pasos. Pero si a la hora habitual se asomaba al desengaño de la ventana, solamente encontraba la invariable oscuridad que ensombrecía uniformemente las casas descascaradas.

La pasión de José por las piernas cautivantes de María fue creciendo. Ya no podía prescindir de ellas. Ni siquiera cuando hacía el amor. Ni siquiera si encendía la luz y veía allí, bajo él, la cara de María.

Dr. Nadal Vallespir